

Las Pinturas de JUAN LLIMONA del Baldaquino de Ripoll

Por EUDALDO GRAELLS



Se conmemoró, brillantemente, con diversos actos, en el año 1960, el centenario del nacimiento del insigne pintor D. Juan Llimona, el renovador en Cataluña del gran arte religioso mural. Buena parte de sus obras, realizadas en iglesias de Barcelona, Montserrat, Vich, Bráfim y Ripoll, desgraciadamente fueron destruidas por las turbas en el año 1936.

En Ripoll, Llimona, por encargo del arquitecto D. Juan Rubió y Bellver, gran amigo suyo, había decorado los plafones de un baldaquino erigido en el Altar Mayor del monasterio de Santa María; además, era el autor de los dibujos de las figuras de Jesús y los doce Apóstoles de un retablo que fue realizado en cerámica por el experto D. Manuel Urgellés para la capilla dedicada a San Miguel de la Roqueta.



Del retablo mencionado no nos ha quedado ni un solo fragmento; fue destruido totalmente. No ocurrió lo mismo con los lienzos del baldaquino a pesar de haber seguido la misma suerte que el retablo. A la abnegación de un benemérito ripollés, D. Vicente Munell, (1938) se debe la salvación de seis telas (eran siete las que había pintado Llimona) que, con riesgo, logró arrancarlas cuando el baldaquino derribado ya no había sido todavía destrozado.

Las seis telas referidas, de un valor artístico extraordinario, la existencia de las cuales sorprenderá a muchos que las dieron por desaparecidas, se guardan en el museo de Ripoll en plan de restauración, por haber sufrido algunos desperfectos, a fin de poder exhibirlas decorosamente.

HISTORIA DEL BALDAQUINO QUE TUVO UNA VIDA EFIMERA

Antes de ocuparnos de las pinturas de Llimona creemos indispensable relatar brevemente la historia del baldaquino que las ostentaba.

La piadosa dama D.^a Concepción Vives y Garriga legó al morir un caudal para que fuera empleado a completar la obra del Altar Mayor del monasterio de Ripoll. La suma resultó algo insuficiente debido al ambicioso plan que se seguía; y en el momento oportuno la cantidad fue acrecentada por la virtuosa señora D.^a Piedad Vives de Durand.

Se confió el proyecto al arquitecto D. Juan Rubió en el mes de febrero del año 1910; prevaleció el criterio de erigir un baldaquino situado en el centro del crucero, debajo del ciborio de la basílica, siguiendo la orientación que para su emplazamiento le diera al Sr. Rubió, D. Antonio Guadí en el mes de julio del mismo año. La decoración principal del baldaquino, resuelta a base de grandes plafones de pintura, fue encomendada a Juan Llimona contra-



tándose a primeros de septiembre (con los administradores del legado, los esposos D. Pedro Durand y D.^a Piedad Vives de Durand) la ejecución de siete lienzos (cuatro exteriores y tres interiores) de poco más de tres metros de largo, por el precio de siete mil pesetas.

Las obras propiamente del baldaquino avanzaron rápidamente después de iniciadas las correspondientes de albañilería a fines de enero de 1911, salvado el intervalo del mes de diciembre anterior durante el cual celebró su boda el arquitecto Sr. Rubió. Dos lienzos tenía terminados Llimona en el mes de septiembre de 1911 y al ritmo que seguían los trabajos en aquellos días permitió señalar ya la fecha de la inauguración, fijándola para el día primero de mayo de 1912.

Tuvo gran interés Llimona en exhibir las pinturas en Barcelona antes de ser colocadas a su emplazamiento. Fueron expuestas en la sala Parés durante la primera quincena de abril con un éxito de crítica extraordinario.

Gran brillantez revistió la inauguración del baldaquino y consagración del nuevo altar. Se celebraron solemnes actos religiosos durante los días 25, 26, 27, 28 y 29 de abril con la asistencia del Sr. Obispo de la diócesis, Ilustrísimo y Reverendísimo Dr. D. José Torras y Bages, y del Ilustre Sr. Ardiaca de la Seo de Vich, Dr. Don Jaime Collell, haciéndose coincidir con estos actos la bendición del Pendón ofrendado a Santa María de Ripoll por la Serenísima Infanta de España D.^a Isabel de Borbón.

Inmediatamente después de inaugurado el baldaquino surgieron las críticas, algunas muy acerbas, y se entabló una polémica durísima (además de otras) entre el arquitecto señor Rubió y el entonces Conservador del Museo Episcopal de Vich Rdo. D. José Gudiol y Cunill, alcanzando en algunos momentos tonos de gran violencia; polémica que se ventiló principalmente en las páginas del diario "La Veu de Catalunya".

Poco podían pensar los polemistas que con tanto ardor y pasión defendieron sus puntos de vista, que el baldaquino duraría tan poco. Efectivamente, 24 años más tarde, en el mes de agosto del año 1936, caía destrozado; no quedando ni rastro excepto las seis pinturas a que nos hemos referido anteriormente.

LAS PINTURAS DE LLIMONA

La obra de Llimona fue lo único del baldaquino que se salvó de las críticas adversas. Muy al contrario, sus lienzos fueron siempre muy elogiados. Llimona supo resolver con gran acierto el difícil encuadramiento de los temas al contorno especial extremadamente irregular de los plafones, realizando con gran destreza la perfecta distribución de las composiciones. Los críticos del "Diario de Barcelona", de "La Vanguardia" y de "La Veu de Catalunya" unánimemente le dedicaron grandes elogios, discrepando solamente en la apreciación de las telas más meritorias.

Los temas de las pinturas eran los siguientes:

	El Entierro de la Virgen
Plafones interiores	La Anunciación
	La Oblación de Rodulfo
	La Expulsión de Adán y Eva del Paraíso
	La Cena de San Benito y Santa Escolástica
Plafones exteriores	El Monasterio de Montserrat
	El Claustro Románico de San Juan de las Abadesas (este último cuadro desaparecido)

El comentario sobre el valor artístico de los plafones, preferimos entresacarlo del que fue emitido por uno de nuestros más prestigiosos conocedores del arte D. Joaquín Folch y Torres, transcribiendo parte de unos párrafos que dedicó a las pinturas de referencia desde las columnas de la Página Artística del diario "La Veu de Catalunya" en el mes de mayo de 1912.

"...nos limitaremos a hablar de la obra pictórica, en ella Juan Llimona ha alcanzado uno de los momentos más altos y más nobles de su arte."

"...la mística cena de San Benito y Santa Escolástica obra llena de una solemne austeridad y concisión, que roza los más altos y característicos ejemplos de la pintura mural. Hay que reconocer en ella dentro de la riquísima y severa coloración de los grises, dentro de la sobriedad firme y magnífica del dibujo, una de las mejores producciones que del eminente pintor hemos visto y en la cual una vez más reafirma su prestigio de gran pintor mural."

"Sigue al nuestro parecer en fuerza y valor al plafón de San Benito y Santa Escolástica, este admirable trozo de pintura del Entierro de la Virgen lleno de dignidad y sentimiento."

Más rico de medios el plafón donde nos presenta Wifredo entregando a su hijo al Abad de Ripoll; constituye un verdadero canto a nuestra vida medieval. Dentro una composición admirable, Llimona ha desarrollado aquí algunas figuras, como la del abad y los monjes, que son verdaderas piezas maestras de nuestra pintura."

"...contamos, pues, entre lo mejor que la pintura nuestra ha dado con estas obras, y rendimos al maestro Juan Llimona el tributo de la loa y de la admiración."

No sabríamos terminar este artículo sin dedicar un piadoso recuerdo a D. Vicente Munnell, fallecido en el año 1938, joven todavía, a quien se debe no sólo la salvación de las pinturas de Llimona sino que también los principales retablos del altar barroco de la capilla de la Congregación de la iglesia de San Pedro de Ripoll, obra muy notable de principios del siglo XVIII, del escultor ripollés Esteban Bover.